



## 8a Asamblea FIAC. Sínodo para la comunión y la misión Reflexión a la luz de la palabra

Mons. Eduardo GARCIA

*Obispo de San Justo (Argentina), Asistente Eclesiástico del FIAC*

Siempre la vida del pueblo de Dios estuvo y estará marcada por el diálogo, el encuentro, la ruptura, la partida y el desplazamiento: Abrahán, Moisés, Elías, Jonás, Ruth, y ya en el camino de la Iglesia: San Pablo, el gran padre de los monjes san Antonio, Domingo y Francisco, Ignacio, Teresa de Jesús y tantos otros. La intuición de estos grandes después de la escucha hizo fecundas sus vidas y fecundó con su espíritu el andar de la Iglesia de muchos siglos dando la respuesta de Dios a cada momento concreto.

Pero esta característica de salida, de itinerancia, no es simplemente geográfica, tiene mucho de simbólico: es una invitación a descubrir en ese “ponerse en camino”, cuál es el movimiento del corazón que, paradójicamente, necesita salir para poder permanecer, cambiar para poder ser fiel, pero que no deja de sentir miedo por las consecuencias de lo nuevo. Venciendo el miedo, no sin titubeos, “tanto los santos como los de la puerta de al lado” hicieron viva la Iglesia.

Los tiempos cambian y las situaciones son otras, pero los modos de afrontar la vida tienen rasgos muy comunes, y eso es para nosotros fuente de inspiración y sabiduría.

Nuestro hoy está marcado por el cambio; los desplazamientos humanos y culturales nos desconciertan y nos dejan perplejos a la hora de buscar caminos para nuestra vida interior y pastoral. Todo sucede de un modo tan rápido que sentimos que vamos perdiendo la capacidad de reacción. Verdades y certezas de siempre, parece que ya no son tales, creándonos un ámbito de inseguridad y sometiéndonos a la tentación de aferrarnos a lo conocido o de disimular su importancia con desinterés; en lugar de descubrir los signos que Dios quiere ir mostrando, porque **todo presente puede ser Hogar del misterio del amor y la misericordia de Dios** (H. U. von Balthasar).

Igual que a Jonás, Dios nos dice: “Levántate y vete a Nínive, la gran ciudad, y proclama en ella que su maldad ha llegado hasta mí”. La tranquilidad del profeta, basada en el orden y las ideas claras sobre el bien y el mal, y como actúa Dios quedan desbaratadas. La receta para ser un buen profeta, haciendo “lo que siempre se había hecho” queda rota.

## ES (original)

Todo lo invita a asomarse más allá del borde de sus límites, ir a la periferia. Nínive, «la gran ciudad», era símbolo de todos los separados, alejados y perdidos a los que debía recordarles que los brazos de Dios estaban abiertos y esperando para que volvieran y curarlos con su perdón y alimentarlos con su ternura.

Ante la dificultad, la gran tentación es la huida y Jonás se marchó en dirección contraria a Tarsis. Dos veces tendrá Dios que empujarlo para que cumpla su misión. Sin embargo, por sus propias heridas y fragilidades, Dios habló a Jonás y le pidió que fuera para el pueblo al que era enviado el bálsamo de la gracia que cura, la fuerza del espíritu que se hace novedad de vida, anima y crea un estilo nuevo de convivencia. También nosotros nos sentimos frágiles y heridos. Nuestra identidad y valoración se siente amenazada; no ejercemos como antes el liderazgo moral ni tenemos un lugar social de relevancia; se nos presentan problemas para los que aparentemente no tenemos la respuesta y nos resistimos a ser uno más dentro de tantos.

Hoy la tentación de Jonás de huir a una "Tarsis" puede tener muchos nombres: individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, dependencia, instalación, repetición de esquemas ya fijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, vuelta a las normas, clericalismo...

En nuestro andar eclesial hemos hecho y seguimos haciendo enormes esfuerzos por distintos caminos, hemos sostenido y sostenemos diversas formas de pastoreo, hemos afrontado y seguimos afrontando crisis y sacudones, vimos y vemos como muchos de los proyectos a los que dedicamos tiempo y dedicación se nos revelan incapaces de sostener nuestros anhelos y buenas expectativas evangelizadoras, a medida que mucha gente se nos queda por el camino.

Junto a esto aparece la queja por la falta de laicos comprometidos, vocaciones, la gente no entiende -el obispo tampoco-, la gente viene a usarnos -el obispo también-, no se puede todo, nadie se da cuenta de lo que pasa, nadie se preocupa. Sin falta de verdad, estas quejas pueden ser un escudo a nuestra resistencia a salir de un territorio que nos era conocido y manejable. Y volvemos una y otra vez a empezar y después de cada tormenta con el mismo paraguas que ya se no sirve. Y cuando creemos estar tranquilos en el vientre de la ballena la evidencia nos dice que todo lo realizado no ha sido más que una etapa, y la ballena nos ~~ha~~ vomita en la Nínive de un mundo en el que Dios parece estar más ausente que antes y al que nosotros con las palabras que decimos no le interesamos y los valores que tratamos de anunciar le resultan sin importancia y pasados de moda. Todas las dificultades pueden ser como la tormenta, la ballena, el gusano que secó el ricino de Jonás o el viento y el sol que le quemaron la cabeza; aquellas que nos obliguen a regresar de nuestros evasivos "Tarsis", para acercarnos a Nínive con la certeza de la presencia de Dios que nos manda con un espíritu renovado y renovador.

El pueblo de Dios nos pide la ternura del Padre que sólo podemos acercarle en la medida que *renovamos nuestro fervor apostólico, viviendo con parresia* el amor de Aquel "que nos amó primero".

Igual que Jonás, la realidad se presenta desafiante y con nuevas exigencias que nos ~~exigen~~ piden repuestas inéditas. Mientras que antes nos podíamos arreglar muy bien solos haciendo las cosas a nuestra manera, la

fragmentación que vive nuestra sociedad nos pone frente a la exigencia evangelizadora de *una identidad común* que brote de una *mayor comunión*.

Vivimos un tiempo privilegiado, con el magisterio encarnado del papa Francisco que ilumina, sin evasiones, el tiempo que nos toca con todas sus ambigüedades. No nos da recetas sino claves de interpretación, iluminaciones, propuestas y gestos que para no sucumbir a la tentación de que todo quede en un papel o en un slogan estéril. El evangelio necesita hacerse carne en nuestra carne y desde ahí en la vida del pueblo de Dios. Esa es nuestra vocación y misión.

En este contexto se inscribe la propuesta de Sinodalidad para toda la Iglesia. No es una propuesta funcionalista o analítica para un después al que tal vez, si nos detenemos demasiado, lleguemos tarde. Es caminar el hoy junto al resucitado; su espíritu nos asiste y es el protagonista. *“En cada época, el Espíritu nos abre a su novedad; “siempre enseña a la Iglesia la necesidad vital de salir, la exigencia fisiológica de anunciar, de no quedarse encerrada en sí misma”, explicó el Papa. Mientras que el Espíritu mundano nos presiona para que sólo nos concentremos en nuestros problemas e intereses, en la necesidad de ser relevantes, en la defensa tenaz de nuestras pertenencias nacionales y de grupo. El Espíritu nos libera de obsesionarnos con las urgencias, y nos invita a recorrer caminos antiguos y siempre nuevos, los del testimonio, la pobreza y la misión, para liberarnos de nosotros mismos y enviarnos al mundo”.* (Francisco)

Sínodo significa caminar juntos. Un camino que significa: encuentro, escucha y discernimiento. El icono que se nos presenta es el de los discípulos de Emaús, con los tres verbos que enuncia el papa. Encontrar, escuchar, discernir. Sin embargo, el mismo Jesús en su andar evangelizador y peregrino en medio de su pueblo marcó con su estilo particular y novedoso estas tres actitudes. Una mirada contemplativa de Jesús en el evangelio lo descubre siempre yendo al encuentro, escuchando, discerniendo y luego haciendo. *“Vayan a contar a Juan lo que ustedes oyen y ven: los ciegos ven y los paralíticos caminan; los leprosos son purificados y los sordos oyen; los muertos resucitan y la Buena Noticia es anunciada a los pobres”* (Mt.11,5) Lo hizo con el joven rico, con la mujer sirio fenicia, con los ciegos que pedían ser curados, con la multitud que lo seguía.

En el primer milenio, «caminar juntos», es decir, practicar la sinodalidad, era el modo habitual de proceder de la Iglesia». El Concilio Vaticano II puso de relieve esta dimensión de la vida de la iglesia, tan importante que San Juan Crisóstomo pudo decir: «Iglesia y Sínodo son sinónimos» (Explicatio in Psalmum 149).

Encontrar, escuchar, discernir. Hablar de sinodalidad no es hablar de un método de trabajo sino de un proceso espiritual intenso que pertenece al ser mismo de la Iglesia. Hacer sínodo significa caminar juntos en la misma dirección. Una Iglesia sinodal, ya lo anticipaba Francisco en la Evangelii Gaudium es: “La Iglesia «en salida», con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. (46)

## ES (original)

El camino sinodal es un momento eclesial de encuentro en el Señor; es espacio de afirmación de nuestra identidad y de toma de conciencia de nuestra misión”, “no con pre-concepciones funcionales” sino guiados y armonizados por el Espíritu. Es una invitación al encuentro que lleva a la escucha “moviéndonos con la libertad del Espíritu”.

Con la crisis del COVID-19 nos encontramos ahora en una situación donde todas nuestras seguridades parecen desvanecerse. Donde tantas verdades que hemos oído no aguantan un segundo a la luz de la realidad, y se desvanecen como vampiros al sol.

El camino sinodal nos exige derribar las actitudes y comportamientos que surgen de ciertos principios rígidos para dar paso a vínculos y relaciones que broten desde la cercanía con la realidad misma de la vida y de las personas. Encontrarnos, que no es ir de paseo con la Biblia o salir a la pesca. Encontrarnos que significa ofrecer a todos los hombres y mujeres la amistad, la bendición y la acogida... cargar samaritanamente al hermano que sufre, al esclavizado, al desempleado, al marginado, al que simplemente se experimenta como invisible para los demás. Esto implica pasar del mirar al acompañamiento cercano y a la misericordia. Escuchar; no como encuestadores para recabar información. Es mirar a los ojos, compartir la vida, involucrarnos en las preguntas que en muchos no hallan respuestas y en los dolores que paralizan la esperanza. Escucharnos es dejarnos sorprender sin tener la respuesta estereotipada de antemano. ¿De que hablaban por el camino, que les está pasando? Les dice el resucitado a los peregrinos decepcionados de Emaús.

La actitud y el gesto fundante sinodal es acercarse, es detenerse, es incorporarse al camino del pueblo de Dios, ir haciendo el camino y, a lo mejor, preguntar, hacerles sentir que comprenden que algo está pasando: ¿Qué les pasa?, ¿cuál es el sufrimiento?, ¿cuál el problema? A veces, no es necesario preguntar, a veces ni se sabe qué está pasando. El Señor se acercó., se interesó, preguntó.

*Esta actitud de libertad es una gracia que tenemos que pedir y a la que tenemos que disponernos. Es la clave del camino sinodal. Una libertad obediencial a Jesucristo, a la Iglesia y al pueblo de Dios. Y, como se trata de una libertad en el Señor y en el seno de la Iglesia, será una libertad capaz de afrontar purificaciones, correcciones; una libertad creativa en fecundidad apostólica; una libertad cuyo horizonte es la santidad. Es la libertad que Dios le pidió a Abraham: “Camina en mi presencia y sé irreprochable” (Gen. 17, 1). (Bergoglio 2006)*

Encontrar, escuchar, discernir. Este *“caminar en la presencia de Dios” nos ubica en situación de lucha espiritual*”. El espíritu del camino sinodal *“se irá construyendo así: prestando atención a lo que pasa en mi corazón; ver qué produce en mí lo que he encontrado, lo que he escuchado, lo que he visto, con lo que me he involucrado, lo que he sentido frente a tal o cual propuesta. Estar atento al movimiento de los diversos espíritus (el bueno, el malo, el propio) en mi corazón. Y esto para poder discernir y encontrar la Voluntad de Dios”*.

Es en cierto modo, una invitación a desinstalarnos. La propuesta a *“algo más”*, a un paso hacia delante entre aciertos y desaciertos, que nos pone fundamentalmente en *“movimiento espiritual”*. De acuerdo al modo

## ES (original)

como vamos reaccionando ante lo que vamos escuchando se evidencia el “*espíritu*” que nos anima.

Esforcémonos para que este camino se caracterice por la escucha y la aceptación mutua. Aunque no vislumbremos a corto plazo resultados concretos, ya es valioso el encuentro y el diálogo profundo y veraz.

En el camino sinodal, que el viaje no nos lleve a la introspección, sino que nos estimule a salir al encuentro de todos en la situación que se encuentren. El Papa Francisco, en la *Evangelii Gaudium*, nos llama a ser una Iglesia que no teme ensuciarse las manos implicándose en las heridas de la humanidad, una Iglesia que camina en la escucha y al servicio de los pobres y de las periferias existenciales. Este dinamismo sinodal en «salida» hacia los hermanos, con la brújula de la Palabra y el del espíritu, va realizando el gran designio original del Padre: «que todos sean uno» (Jn 17,21). En Encíclica, *Fratelli tutti*, el Papa Francisco nos pide que nos comprometamos a ello junto a nuestros hermanos de otras Iglesias, a los fieles de otras religiones y a todos los hombres de buena voluntad: la fraternidad universal y el amor sin exclusión, que debe abarcar todo y a todos. Este camino sinodal es una oportunidad que se nos brinda en este presente que estamos viviendo. Seamos conscientes que el presente del evangelio no es como el del mundo de las ciencias y de la tecnología. El presente del creyente es un tiempo pleno, no fragmentado. Es un presente que mira a Dios, abierto a la intervención del Espíritu, no es un tiempo cerrado en sí mismo que viene empujado por el anterior y al que se lo come el que viene velozmente después.

La Acción Católica en nuestros países, desde esa “maternidad eclesial” que hay en su ADN, debe revitalizar la sinodalidad y encarnar sin demora este espíritu de salida al encuentro para hacer camino con todos, evadiendo la tentación de ir a nuestras posibles “tarsis o Emaús”, para ofrecer a nuestras “ninives o jerusalenes desafiantes” el testimonio cercano, sencillo, fraterno, de quienes aun en sus dudas “creen” en la palabra del Resucitado que va haciendo nuevas todas las cosas.

Nuestro presente bajo el influjo del Espíritu puede ser un “kairós”, momento oportuno de gracia, en el que Dios interviene con su amor para bien nuestro, tiempo pleno preparado desde antes de todos los siglos y esperado pacientemente por tantos que creyeron, tiempo fecundo porque está abierto a una fe en un Dios que no defrauda.